

A photograph of a concrete wall with graffiti and a dirt path with dry grass. The wall is on the right side of the image, and the path is on the left. The graffiti on the wall is black and white, featuring a stylized figure and some text. The text on the wall includes '1983' and '1984'. The path is made of dirt and has some dry grass growing along it. The overall scene is outdoors and appears to be in a rural or semi-rural area.

# Días para Recortar

Dana Hart

Hay lugares donde ir a perderse. Lugares que nadie conoce realmente, porque cada vez que se asiste a ellos, son diferentes. Han sido carcomidos por el viento, el pasar, el vagabundear de las gentes enfurecidas. Aquella había sido una fábrica de latas, en alguna época esplendorosa. En algún momento se había quemado, dejando pilas de latas a medio roer por el espacio, junto con botas semi calcinadas de color amarillo. Hacia el centro había una torre, que se había repletado de basura y de la propia naturaleza, recuperando su dominio.

Los niños y las niñas del barrio, entraban a hacerse zancos de latas, usando dos cordeles, uno en cada lata, para ponerse, uno en cada pie, y pasaban por grandes, ganando altura. Un guardia de seguridad con doce perros, los perseguía con una escopeta, cuando los pillaba transgredir los muros, intoxicados por la maleza.

Qué bella entraba la luz por las hendidias de lo que alguna vez fue moderno, creciente, pujante. Qué decadente se observaba la vida, ya pasada, ya fuera de

moda, ya enmohecida. ¿Dónde quedaron aquellos años espectrales, de sofocones violentos, de arcos de triunfo y glorias navales? Solo quedaba un monumento en la basura. Lo que era, ya había sido, y nunca volvería. Ya no volverían los patronos a caminar, tomados de la mano, cruzando los juncales, creyéndose los reyes, amos y señores. Ruinas. Ruinas de lo viejo, de una cosecha que nunca fue verde, que nunca le dio nada al que trabaja, y siempre le dio todo al que ríe a carcajadas, el hereje. ¿Dónde están los campos, los trigos, los cielos prometidos? Si solo el espanto se apodera de las murallas.

Justo al frente de la fábrica, había un aro gigante de concreto sobre la tierra, rodeado de paja y algarabías. Un aro al que con dificultad se lograba ingresar por lo alto, como una especie de piletón, una suerte de lugar donde almacenar el agua. Ya nadie sabía. Ya nadie se acordaba. Ni para que servía aquella pileta de concreto, ni para qué servía aquella torre, justo en el medio de la

fábrica, rodeada de latas abolladas, quemadas, sofocantes.

Llegar, era pisar una sinfonía de latas, producir todos los tonos musicales, armar una banda, hacer sonar los ecos, de los ecos, de los ecos, hasta enterar al guardia, que salía con los perros y la escopeta, indignado, a cazar cualquier cosa que fuere. Casi siempre eran niños y niñas, haciendo travesuras, robando latas para sus zancos, o buscando rincones para hacer brujerías, amarrando muñecos con hilos negros, o escribiendo todas las letras en hojas, para jugar a la Ouija.

También hacen campeonatos, para ver quién llega hasta el centro, sin ser visto por el guardia, que azuza a sus perros, en una carrera a muerte, que bien puede terminar con una pierna menos, un brazo menos, o la vida menos. Para colmo de males, las latas traen un filo, que no se le va con lo quemado ni con nada, siempre dispuestas a enterrarse, cortar, desgarrar la carne, de aquel que anda a pie desprevenido.

La vía del tren en el paisaje, también representaba sus propios riesgos, con el sonido a oídos reventar de la locomotora roja, dirigiéndose a máxima velocidad hacia alguna parte, siempre en línea recta.

Qué tortura para quienes caminan de noche, pasando por frente a la fábrica, con el miedo a ver un espectro o cosas peores. Qué pánico para el que anda, sin la inconsciencia de un niño, pensando en todas las posibles muertes, en toda la pila de peligros.

Raúl creció corriendo entre esas vías, ¿no es extraña la vida? Jamás le pasó nada. Ni un solo corte ocasionado por ni una sola lata. No debe haber superado el metro de altura. Tenía el pelo corto, bien grueso. La piel dorada por el sol. Los ojitos brillando como si fuese siempre primavera. Pero lo que más resaltaba de su rostro, era la sonrisa, de dientes perfectos, casi fluorescentes, un poco maliciosa. Era atlético, extrovertido, capaz de entrar en los pozos más profundos y salir ileso.

Siempre llegaba primero a la torre. Entraba por todas partes, como un experto, haciendo el menor sonido posible. Hacía un sonido raro con la boca cuando se reía, y solía estallar en carcajadas. Pasaba haciendo chistes, porque era también el más gracioso. Tenía dos hermanas, una mayor y otra menor, cada cual con su carácter.

Poseía un espíritu liviano, como esa gente que parece que estuviese todo el tiempo andando en bicicleta, sobre una nube, en plenitud. No se peleaba con nadie. No se metía con nadie. La mamá le decía “Raulito”, así que en el barrio, terminó por decirle “Raulito” todo el mundo. Tenía de novia a una porteña, llamada Mora, recién llegada de Buenos Aires, que lo adoraba. Pensaba que él era el muchacho más apuesto del mundo, pese a que ella le sacaba una cabeza de altura. Se les reían. Y hasta los otros niños, armaron un grupo de cinco o seis, para perseguir a la niña y tirarle escupitajos en la espalda, hasta que llegó a su casa con el chaleco repleto de gargajos verdes. Porque esta

realidad es doblemente cruda e injusta para las niñas. El contraste es notorio.

A Raúl no le pasó nunca nada. No lo cortó una lata. No se cayó. No entró mal por uno de los tantos pasadizos. No se quebró una pierna saltando por el enorme aro de concreto, ni por la torre, ni jugando a la Ouija se clavó nada al sentarse sobre las latas quemadas. Ni el tren, ni los perros, ni la escopeta del guardia.

Y así pasó la infancia más feliz, con sus pies sobre dos zancos, con sus días para recortar y pegar en un diario íntimo lleno de flores, recorriendo las cuadras aledañas a su casa, sin salirse más allá. Creyendo que no había sangre al interior de su cuerpo, sin borrar la sonrisa fluorescente de su cara, Jugando juegos de vereda. Yendo y viniendo a la fábrica, que ya no fue, que ya no es, que ya nunca más será.

**\*Imagen de Tapa y Contra Tapa de Style Don`t Sleep**



[www.damianantescritora.com](http://www.damianantescritora.com)